

**"SEÑOR DE LA PAZ, CONCÉDENOS LA PAZ SIEMPRE Y EN TODOS LOS  
ÓRDENES"  
(2 Tes 3,16)**

***Mensaje de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú  
para el 14º domingo durante el año,  
(8 de julio de 2007)***

De las lecturas de hoy emerge el tema de la paz, donde se la presenta en sus múltiples aspectos.

Isaías (Is 66.10-14) habla de ella como síntesis de los bienes -gozo, seguridad, prosperidad, tranquilidad, consuelo- que fueron prometidos por Dios tras el destierro a Babilonia: "Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz... como un torrente en crecida, las riquezas de las naciones... como un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo" (Ib12,13), se ve claramente que se trata de un don divino, característico de la era mesiánica.

En el Nuevo Testamento será Jesús el portador de esa paz, que es a un tiempo gracia, salvación y felicidad eterna no solo para los individuos, sino para todo el Pueblo de Dios, que confluirá de todas partes del mundo a la Jerusalén celestial, el reino de la paz perfecta.

Pero también la Iglesia, la nueva Jerusalén terrena posee ya el tesoro de la paz ofrecido por Jesús a los hombres de buena voluntad, teniendo la misión de difundirla en el mundo.

La misión de Jesús tanto a los setenta y dos discípulos como a los Apóstoles, enviados a predicar el reino de Dios, es una misión de mansedumbre, de bondad y de paz, semejante a la de Jesús "el cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29) no condenando a los pecadores, sino inmolándose a sí mismo, "estableciendo la paz mediante la sangre de su cruz" (Cl. 1,20)

El mandato también es: "cuando entréis en una casa, decid primero: Paz a esta casa, si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; sino volverá a vosotros" (Lc. 10,5-6). No se trata de un simple saludo, sino de una bendición divina obradora de la paz, del bien y la salvación..

Donde "descansa la paz de Jesús", que ha reconciliado a los hombres con Dios y entre sí, descansa también la salvación. Quien la recibe, está en paz con Dios y con sus hermanos, vive en la gracia y el amor y está a salvo del pecado. Esta "paz" se posa sobre "gente de paz". Los hombres por la gracia de Dios somos los herederos afortunados de la paz de Cristo y esto es para todos los cristianos. Pero esta paz no es como la paz que ofrece el mundo; ella puede coexistir hasta con las tribulaciones más punzantes. Los Evangelistas aunque son rechazados no pierden la paz interior, que es la que da Cristo. Ellos continúan predicando el Evangelio, continúan en el mundo la misión de Jesús ofreciendo a quien quiera acogerla "la buena noticia de la paz" (Hc.10,36).

San Pablo invoca para sí y para cuanto sigan su ejemplo "la paz y la misericordia de Dios vengan sobre todos" -los que han asumido la cruz de Jesucristo-

Al mundo y al hombre contemporáneo le falta la "paz de Jesucristo", por eso el hombre vive inquieto, desconsolado y muchas veces sin rumbo. La falta de paz interior nos lleva también a la agresividad externa, no nos deja vivir en no solo con nosotros mismos, sino tampoco con nuestros vecinos y con nuestro prójimo. No nos deja descansar y nos hace vivir en continua inquietud, nos quita también la serenidad frente a la vida y a los problemas que ella conlleva. No nos permite tampoco la aceptación de la realidad. Tener la paz de Jesucristo es vivir en la serenidad y en el descanso del corazón en la Providencia de Dios.

Pidamos a Nuestra Señora de la Paz que nos acompañe a lo largo de nuestra vida.

***Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú***